

Como es de su maestro, la frase le sabrá a gloria. Y como la ha recibido en su servicio, tendrá un nuevo mérito que agregar a su cuenta para el día en que Rufino Blanco-Fombona se decida a suceder en su Olimpo agrario y petrolero al benemérito general don Juan Vicente Gómez.—ROBERTO MEZA FUENTES.

LA MUSICA EN FRANCIA

París, Diciembre de 1930.

ESTE año, en el momento en que se abría la estación musical, una importante revista comenzó la publicación de una vasta encuesta bajo este título: «La gran piedad de la música sinfónica en Francia.» Los artículos del *Courrier Musical*—es el nombre de esta revista—no revelaban sin duda nada que no se supiera ya. Pero tenían por objeto llamar la atención de todos los que se interesan por el arte sonoro sobre un conjunto de hechos de que la música sufre, incuestionablemente, y de los cuales es preciso que no siga sufriendo.

Todos los extranjeros que han pasado algún tiempo en París del otoño a la primavera—pues en el verano esta actividad cesa—han notado la enorme cantidad de conciertos que se dan allí cada tarde. En invierno y después hasta plena estación primaveral, no hay trecho de muro o de empalizada que no esté cubierto de letreros multicolores, que anuncian las sesiones de música de cámara, los recitales de los virtuosos. A esto se juntan naturalmente los conciertos regularmente dados cada sábado y cada Domingo, a veces también cada Jueves, por las grandes asociaciones sinfónicas. París contaba tres antes de la guerra, que eran la Sociedad de Conciertos del Conservatorio, fundada en 1828 y por consiguiente, más que centenaria (M. Philippe Gaubert es su jefe reputado); la Asociación de Conciertos Colonne, fundada en 1873 y dirigida, después de la muerte de Colonne, por M. Gabriel Pierné, y en fin la Asociación de Conciertos Lamoureux, dos años más joven y que dirigieron sucesivamente Chevillard, yerno y sucesor, de Lamoureux, M. Paul Paray y M. Albert Wolff. Durante la guerra, Colonne y Lamoureux se fusionaron para separarse de nuevo en cuanto se volvió a una vida normal. Pero se había formado una cuarta sociedad, que tomaba un nombre querido para todos los amigos de la música. Pasdeloup, en efecto, había arrendado en 1861 el Circo de Invierno, en

el bulevar del Temple, para dar allí conciertos populares. Este ardiente apóstol fué uno de los buenos obreros de este renacimiento musical que ha puesto a la escuela francesa en el primer sitio. A los jóvenes compositores de antes que se llamaban Bizet, Lalo, César Frank, Massenet, les dió un público, lo que es el más precioso de los alientos. Por eso pareció legítimo que una nueva asociación, cuyos conciertos se habían dado en este viejo Circo de Invierno, colocara su iniciativa bajo el patronato de Padeloup. Dirigida por M. Rhené-Baton, después por M. D.-E. Ingelbrecht, la Asociación de Conciertos Padeloup ha andado errante, yendo del Circo al Teatro de los Campos Elíseos, después al Trocadero, más tarde al Teatro Mogador, para volver a los Campos Elíseos, pero conservando siempre sus fieles.

Y también se han formado otras dos sociedades, que también dan conciertos dominicales. Una ha sido constituída por M. Gastón Poulet, el violinista reputado, y reúne su público en el Teatro Sara Bernhardt, frente al Châtelet, donde se dan los conciertos Colonne. La otra, bajo el nombre de Orquesta Sinfónica de París (que se abrevia, según la moda, en O. S. P.), tiene como sede la inmensa y nueva Sala Pleyel, en el barrio San Honorato, en el rincón elegante de la Estrella, y tiene como jefe ordinario a M. Pierre Monteux.

Toda esta floración espléndida de sociedades sinfónicas es verdaderamente el honor de París. Pero así como hay enfermos que parecen sufrir de un «exceso de salud», es cierto que esta misma superabundancia no deja de tener algún peligro.

Ciertamente, París atrae cada vez más a los grandes virtuosos, instrumentistas, cantantes, jefes de orquesta del mundo entero, al mismo tiempo que a los aficionados de los dos continentes. No hay sin duda en el mundo otra ciudad que reúna condiciones tan favorables para el desarrollo de las artes. Pero si se examina bien la situación, no se puede evitar cierta inquietud. Es este punto el que la encuesta del *Courrier Musical* ha tratado de estudiar.

Si todo ocurriera como antes, como antes de la guerra, para tomar un punto de comparación que no sea demasiado lejano, este crecimiento de las asociaciones sinfónicas sería sin duda menos inquietante. Pero atravesamos tiempos agitados, y no sólo los problemas económicos tienen una deplorable repercusión sobre los artistas, sino también las nuevas invenciones que les causan legítimos cuidados.

El extremo interés con el cual los músicos han seguido el desarrollo de la telefonía sin hilos y de las máquinas parlantes ha dado sus frutos, Hoy existe tal cantidad de aficionados provistos

de receptores de radio y tal cantidad de «discófilos», que las sociedades sinfónicas no han dejado de experimentar los efectos de esta competición. El repertorio de los discos es desde luego muy completo para que sea posible darse a domicilio el mismo concierto del cual sería preciso ir a oír el programa al otro extremo de París. Agregad a esto que muchos de estos conciertos son radio-difundidos.

De allí se sigue que un número de aficionados imposible de apreciar, pero que debe ser considerable, puede abstenerse de ir al concierto, mientras que hace cinco o seis años estos mismos melómanos habrían acudido. Pero este peligro no es el único, y veremos luego que las cuestiones económicas intervienen también. Ante todo en que ellas pueden en algunos momentos de crisis obligar a los melómanos a restringir sus gastos. Y por mucho que se ame la música, el concierto es lo superfluo y debe figurar después del alojamiento, el alimento y el vestido. Pero, en segundo lugar, ha sido necesario aumentar los salarios de los músicos de orquesta y de los coristas, que a pesar de estas legítimas alzas de sus entradas, no ganan todavía lo suficiente para que les sea posible consagrarse sin reservas a la asociación de que son miembros. Helos aquí, pues, obligados a correr a través de París, de ir de un registro fonográfico a un ensayo, de una lección a una iglesia en que tocarán durante un entierro o un matrimonio. El trabajo sufre por esto: hay la tendencia de limitarse a las obras conocidas y tocadas sin cesar, para evitar los gastos muy pesados de los ensayos suplementarios que se convierten en necesarios en cuanto se ponen obras nuevas.

¿El remedio o, mejor, los remedios?

Si bien todo el mundo está de acuerdo para comprobar la inminencia del peligro, las opiniones, naturalmente, difieren cuando se trata de conjurarlo. Nunca se ha visto—¿no es cierto?—que los médicos colocados a la cabecera de un enfermo se pongan en el primer momento de acuerdo sobre el tratamiento, suponiendo que desde luego lo estuvieren ya sobre el diagnóstico.

Pero conviene notar que la amenaza no ha hecho sentir aún muy gravemente sus efectos y que no es demasiado tarde para conjurarla, y esto ya es confortante.

En segundo lugar, no se puede evidentemente pedir a las Asociaciones ya existentes que tiren suertes para saber cuál o cuales de entre ellas deberán suicidarse. No se puede tampoco invitar a las nacidas últimas a que entren en el silencio de la muerte. Son jóvenes y se aferran a la vida, como canta la heroína de *La Judía*. La persuasión, en este asunto, no tiene efecto.

Se ha preconizado, pues, un medio más eficaz y que es un acuer-

do entre nuestras sociedades sinfónicas para repartirse el calendario y la clientela. En lugar de tocar todos los sábados y el domingo en las mismas horas, poniendo así a los críticos y a los melómanos en el más cruel disparadero, podrían sin gran esfuerzo repartirse los días de la semana y las estaciones. Tocan, por ejemplo, un domingo de cada dos o de cada tres, a fin de conservar cada una un día muy productivo. Pero es preciso no ilusionarse: todos los días son buenos cuando los programas son excelentes y cuando la concurrencia no divide entre seis conciertos un público que no puede tener el don de la ubicuidad.

Sería también necesario volver a divisiones más marcadas, a especializaciones, como antaño. Hace poco todavía la Sociedad de Conciertos del Conservatorio tenía el casi monopolio de lo clásico: Mozart, Haydn, Haendel, Rameau. Colonne tenía Berlioz y los románticos. Lamoureux, Wagner y los rusos. Evidentemente no había compartimentos estancos—esto habría sido, por lo demás, estúpido—, sino simplemente una tendencia que guiaba el gusto del público y le impedía despistarse. Habría cierto provecho en volver a una orientación parecida, que evitaría ver, como ocurrió el primer domingo de Octubre, la misma sinfonía de Beethoven figurar en los programas de las tres sociedades rivales que hacían ese día su reapertura.

Y después sería también conveniente que el Estado dijera alguna palabra. No gusta mucho en Francia que el Estado se mezcle en cuestiones ajenas a la administración pública, pero, precisamente, sería necesario reglamentar el uso de la radiotelefonía e instituir una tasa cuyo producto podría ser dedicado a los conciertos sinfónicos. Francia es uno de los pocos países en que la radio escapa al control del Estado. ¿No sería justo que ella viniera, como opulenta hermana menor, en auxilio de su hermana mayor, sin el apoyo de la cual no podría por lo demás crecer?

Tales son las cuestiones que ocupan en la hora actual al mundo de los músicos de Francia y singularmente de París. Antes de abordar, en el curso de los artículos siguientes, el detalle de su existencia cotidiana y las diversas manifestaciones de su actividad, me ha parecido necesario dibujar este cuadro. No está exento de sombras, evidentemente, y muchos se sentirán tentados a ennegrecerlas más todavía. Pero permanece luminoso y claro, como la vida artística de que es el reflejo.—RENÉ DUMESNIL.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.